

se votase la pena por las dos terceras partes, y no por mayoría absoluta, Danton volvió á tomar la palabra como un hombre impaciente de que se concluya una situación que le agobia. «Se pretende—dice—que es tal la importancia de esa cuestión, que no bastan para decidirla las formas ordinarias de toda Asamblea deliberante. Yo pregunto: cuando por una simple mayoría se ha pronunciado sobre la suerte de una nación entera, cuando ni siquiera se ha pensado en suscitar esta cuestión cuando se trató de abolir el trono, ¿se quiere decidir sobre la suerte de un individuo, de un conspirador, con formas más escrupulosas y solemnes? Nosotros sentenciamos como representantes por derecho de soberanía. Y os pregunto: ¿isto habeis votado por mayoría absoluta la república y la guerra? Y pregunto: la sangre que se vierte en medio de los combates, ¿no corre definitivamente? Los cómplices de Luis XVI, ¿no han sufrido inmediatamente la pena, sin ningun recurso al pueblo? ¿Merece una excepcion el que ha sido el alma de los complots?» (*Aplausos*).

Lanjuinais no dejó arrastrar su conciencia por aquella corriente de aplausos producida por la palabra de Danton. «Habeis desechado todas las formas que la justicia y ciertamente la humanidad reclamaban: la recusacion, la forma secreta del escrutinio, protectora de la libertad de las conciencias y de los sufragios. Parece que se delibera aquí en una Convencion libre, pero se hace bajo la influencia de los puñales y los cañones de los facciosos.» La Asamblea rechazó estas consideraciones, y declaró la sesion permanente hasta que se pronunciase el fallo. Se principió la última votacion nominal á las ocho de la noche.

LIBRO TREINTA Y CINCO.

Aspecto de la ciudad y de la Asamblea.—Condenacion del rey.—Vergniaud.—Luis XVI.—El abate Firmont.—Última entrevista del rey con su familia.—Comitiva.—Ejecucion.—Apreciacion del juicio de Luis XVI.

I

El aspecto de la ciudad era amenazador; el del recinto, siniestro. La municipalidad y los jacobinos, decididos á obtener la condenacion de Luis XVI como una victoria personal sobre sus enemigos, y á llevar la violencia moral hasta la física, habian reunido desde hacía muchos dias en Paris todas las fuerzas de que sus periódicos, sus correspondencias y sus relaciones en los departamentos les permitian disponer. Los agitadores de los arrabales habian reclutado sus bandas de mujeres y de muchachos andrajosos para gritar la muerte del tirano por las calles inmediatas á la Convencion. Theroigne de Mericourt y Saint-Huruge, los asesinos de Aviñon, los degolladores de Setiembre, los combatientes del 10 de Agosto, los federados acumulados en Paris ántes de marchar á las fronteras, voluntarios y soldados detenidos en Paris por el ministro de la Guerra, Pache, para engrosar las sediciones más que para reprimirlas; una poblacion extraña á toda pasion política, pero sin trabajo y sin pan y engañando su desesperacion con su agitacion; esas masas de curiosos que los grandes espectáculos hacen salir de sus casas como los enjambres salen de las colmenas cuando se acercan las tormentas, y que sin pasion individual prestan la apariencia del número á la pasion de algunos; los resultados de Agosto y de Setiembre que aún agitaban las imaginaciones, la noche que favorecia el tumulto, el rigor de la estacion que contraia la fibra y que inclinaba á la desesperacion; en fin, aquel nombre de rey que reasumia en sí todas las miserias, todas las iniquidades, todas las traiciones imputadas al trono, y que hacía creer al pueblo que inmolando al hombre que tenia aquel título, se inmolarian con el mismo golpe las calamidades, los crímenes, los recuerdos y las esperanzas de una institucion repudiada, todo imprimia á la noche del 16 de Enero aquel carácter de impulsión irresistible que da á una manifestacion popular la fuerza de un elemento.

Habiéndose atrevido uno de los vencedores de la Bastilla, llamado Louvain, á decir en su seccion aquella mañana que podia afanzarse la república sin derramar la sangre de Luis XVI, un federado, por toda respuesta, le hundió el sable en el corazon. El pueblo arrastró al herido por las calles hasta que exhaló el último suspiro.

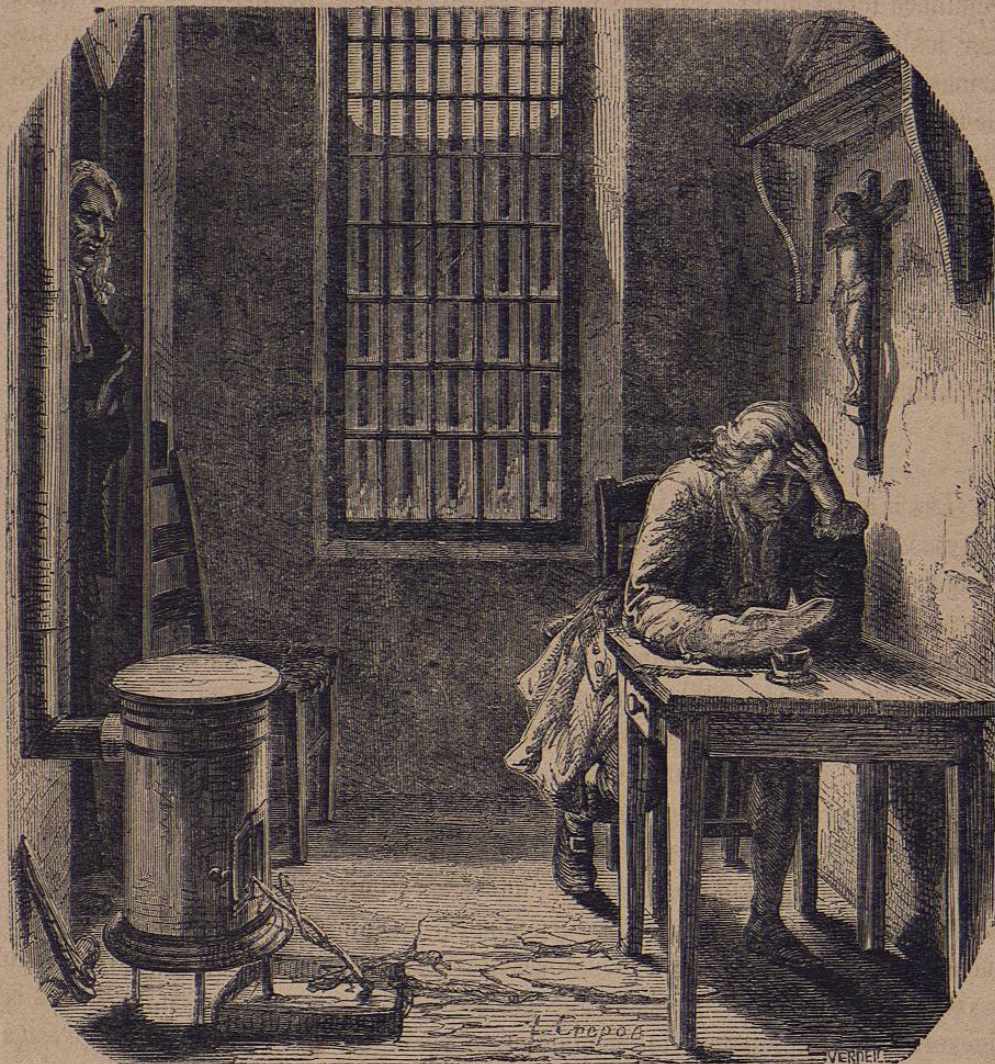
Por la noche, un vendedor ambulante de libros y de periódicos, al salir de un gabinete de lectura tildado de realista, en la galería del Palacio Real, fué acusado por uno que pasaba de que distribuía escritos favorables á la apelación al pueblo, y asesinado, dándole treinta puñaladas los que paseaban por el jardín. Las bandas de malhechores libertados de las cárceles de la Conserjería y del Chatelet por los asesinos de Setiembre, habían formado grupos de malvados que buscaban en la emoción pública la ocasión y el velo de crímenes impunes. Los dragones de la república forzaron las consignas de sus cuarteles, y se dividieron sable en mano por los lugares públicos, en el Palacio Real y en las Tullerías, blandiendo sus armas y cantando canciones patrióticas. De allí fueron á la iglesia de Val-de-Grace, donde estaban encerrados, en urnas de plata sobredorada, los corazones de muchos reyes y reinas de Francia. Rompieron aquellos vasos fúnebres, pisotearon aquellas reliquias del trono, y las arrojaron á un sumidero. Este fanatismo de profanación, que vengaba, como lo hace el bruto, sobre restos inanimados la larga paciencia y las continuadas supersticiones de la servidumbre, anunciaba ménos la fuerza que la demencia de la libertad, y anunciaba bastante, con tales síntomas, la piedad que podía esperar la majestad viva, cuando la muerta excitaba tales resentimientos.

II

Las inmediaciones y el interior de la sala de la Convención parecían dispuestos más bien para una ejecución que para un juicio. La hora, el sitio, las estrechas avenidas, los patios tortuosos, las bóvedas sombrías del antiguo monasterio, los pocos faroles que luchaban con las tinieblas de una noche de invierno y hacían palidecer los rostros, las armas que brillaban y resonaban en todas las puertas, los cañones, que los artilleros, con la mecha encendida, parecían guardar á las dos entradas principales ménos para intimidar al pueblo que para volverlos contra la sala si el decreto fatal no salía de ella; el sordo murmullo de una innumerable multitud que velaba en pié en las calles adyacentes, oprimiendo por todas partes los muros como para arrancarles el decreto; el movimiento de las patrullas, que hendían con trabajo aquel océano de hombres para abrir camino á los representantes rezagados; los trajes, las fisonomías, los gorros encarnados, las carmañolas, los rostros contraídos, las voces, los gestos atroces y significativos, todo parecía calculado para hacer entrar por los sentidos en el alma de los jueces el inexorable decreto dado de antemano por el pueblo. *Ó su muerte ó la tuya*: éstas eran las únicas palabras que se decían por lo bajo, pero con un acento imperativo, al oído de cada diputado que atravesaba los grupos para ir á su puesto.

Muchos de los habituales asistentes de la Convención, y que por lo tanto conocían á los diputados, se colocaron de distancia en distancia. Aquellos espías del pueblo nombraban á los diputados en alta voz, indicaban á los dudosos, amenazaban á los tímidos, insultaban á los indulgentes y aplaudían á los inflexibles. Al oír los nombres de Marat, de Danton, de Robespierre, de Collot-d'Herbois y de Camilo Desmoulins, se abrieron las filas con respeto y dejaron pasar la cólera y la confianza del pueblo; pero cuando oyeron los nombres de Brissot, de Vergniaud, de Lanjuinais y de Boissy d'Anglas, las fisonomías irritadas, los puños cerrados, las picas y los sables levantados sobre sus cabezas, anunciaron claramente que el

pueblo quería ser obedecido ó vengado. Hasta los centinelas colocados allí para proteger la seguridad de los representantes, dieron el ejemplo del insulto y de la violencia. El ántes marqués de Villette, discípulo y amigo de Voltaire, miembro ahora de la Convención, reconocido en el pasadizo del Picadero que conducía á la Asamblea, fué cogido por el vestido, y vió las puntas de veinte sables prontas á entrar en su corazón si no se comprometía á votar la muerte del tirano. Villette,



Luis XVI escribiendo su testamento.—Pág. 274.

que en un cuerpo débil encerraba un corazón intrépido, y que no creía que la filosofía tuviese por pedestal los cadalsos, pudo desprenderse del pueblo, separó con ambas manos las hojas de los sables que amenazaban su pecho, y mirando con serenidad á sus provocadores, dijo: «No, no votaré la muerte, y vosotros no me degollareis; respetareis en mí mi conciencia, la libertad y la nación». Y pasó.

Las galerías de la Convención, entregadas á los jefes más sanguinarios de las sediciones de París, estaban obstruidas igualmente por grupos armados. Estos hombres se mantenían allí en orden y en silencio por respeto al lugar; pero se los había apostado como síntomas vivos del terror que sus nombres, sus armas y

sus recuerdos debían imprimir en los jueces del rey. Maillard, Fournier el Americano y Jourdan Corta-cabezas daban órdenes por signos á sus antiguos cómplices y les designaban con una ojeada los nombres y los rostros que debían observar y retener. Era preciso desfilarse á su vista para entrar en la sala; parecía que escribían las señas en su memoria. Eran las estatuas del asesinato, colocadas á las puertas del tribunal del pueblo para mandar la muerte; todos los diputados tenían que tropezar con ellos al entrar.

Hasta la sala estaba iluminada con desigualdad. Las lámparas de la mesa y la araña que pendía de la bóveda arrojaban sobre algunos puestos una brillante luz, y dejaban otros en la oscuridad. Las tribunas públicas, cuyas graderías en anfiteatro bajaban cerca de los elevados bancos de la Montaña, con los que se confundían como en los circos romanos, estaban atestadas de espectadores. Como en los espectáculos antiguos, se veían sentadas en las primeras filas de aquellas tribunas muchas mujeres jóvenes, adornadas con lazos tricolores, hablando entre ellas con indiferencia, gesticulando y sonriendo, sin recobrar su seriedad y su atenta actitud sino para contar los votos y marcarlos sobre una tarjeta con la punta de un alfiler en el momento en que estos votos salían de la tribuna. Los criados de la sala circulaban entre las gradas con bandejas llenas de sorbetes, de helados y de naranjas, que distribuían á aquellas mujeres. Sobre las gradas más elevadas, los hombres del pueblo, con los trajes diarios de sus diversas condiciones, se mantenían en pié, repitiéndose en alta voz los unos á los otros el nombre y el voto del diputado á quien acababan de llamar, y siguiéndole con aplausos ó con murmullos hasta que llegaba á su banco. Los primeros de aquellas tribunas populares estaban ocupados por los muchachos de las carnicerías, con sus mandiles ensangrentados levantados de un lado y sujetos á la cintura, y el mango de los largos cuchillos de su profesión saliendo como á propósito de los pliegues de la tela que les servía de funda.

El espacio vacío al pié de la mesa, la barra, las cercanías de las puertas y las entradas que conducían á los bancos de los diputados y á las tribunas públicas, todo estaba agitado con el paso continuo de diputados mezclados con los espectadores que, no habiendo podido hallar sitio en las tribunas, penetraron en el recinto reservado á los legisladores. Estos grupos, que se abrían para dejar pasar á los representantes llamados á la tribuna ó á los que bajaban de ella, parecían ménos un auditorio delante de un tribunal, que la confusión de una plaza pública.

Sólo cesaba el movimiento cuando el nombre de un diputado influyente, pronunciado por la voz del ujier, hacía levantar la vista hácia el votante para sorprender con anticipación en su actitud y en el movimiento de sus labios la vida ó la muerte que iba á pronunciar. Los bancos de los diputados estaban casi vacíos; cansados de una sesión de quince horas, que debía durar sin interrupción hasta el fin del juicio, los unos, repartidos en pequeños grupos á lo último de los bancos elevados, hablaban entre sí á media voz con la actitud de la paciencia resignada; otros, con las piernas extendidas y el cuerpo echado atrás, con los codos apoyados en el respaldo de su desierto banco, se adormecían bajo el peso de sus pensamientos, y sólo se despertaban con los grandes clamores que de tiempo en tiempo producía un voto más enérgicamente motivado. El mayor número, impelido continuamente de un sitio á otro por la agitación interior de sus ideas, no hacía

más que salir de la sala y volver á entrar. Se les veía pasar de un grupo á otro, decir rápidamente y en voz baja medias palabras á sus colegas, escribir sobre sus rodillas, borrar lo que habían escrito, escribir de nuevo su voto, volverle á borrar, hasta que el llamamiento del ujier, sorprendiéndoles en esta indecisión, les arrancaba de los labios la palabra fatal, que un minuto más hubiera cambiado por la contraria, y de la que se arrepentían quizá ántes de haberla pronunciado.

III

Los primeros votos que oyó la Asamblea dejaban la incertidumbre en los ánimos. La muerte y el destierro parecían balancearse en número igual en el alternativo sonido de los votos. La suerte del rey iba á depender del primero que pronunciase uno de los jefes del partido girondino. Este voto significaría sin duda el voto probable de todo el partido, y el número de los hombres unidos á él determinaría irrevocablemente la mayoría. Por consiguiente, la vida y la muerte estaban, en cierto modo, selladas en los labios de Vergniaud.

Se esperaba con ansiedad que el orden alfabético de la votación nominal de los departamentos, llegando á la letra G, llamase los diputados de la Gironda á la tribuna. Vergniaud debía presentarse el primero. Se recordaba su inmortal discurso contra Robespierre para disputar el juicio del rey destronado á sus enemigos; se conocía su repugnancia y su horror por el partido que quería suplicios; se repetían las conversaciones confidenciales en las que había confesado veinte veces su sensibilidad por la suerte de un príncipe cuyo mayor crimen á sus ojos era una debilidad que casi llegaba á la inocencia; se sabía que la víspera, y aún algunas horas ántes del escrutinio, comiendo Vergniaud con una mujer que se compadecía de los cautivos del Temple, había jurado por su elocuencia y por su vida que salvaría al rey. Ninguno dudaba de su valor; éste estaba escrito en aquel mismo momento en la calma de su frente y en los pliegues severos de su boca, cerrada á toda confidencia.

Al oír el nombre de Vergniaud cesaron todas las conversaciones, y todas las miradas se dirigieron á él. Subió lentamente las gradas de la tribuna, se recogió un momento, los ojos bajos, como un hombre que reflexiona por última vez ántes de obrar; después, con una voz sorda y como resistiendo en su alma á la sensibilidad que le gritaba, pronunció: *La muerte*.

El silencio de la admiración comprimió el murmullo y hasta la respiración de todos. Robespierre se sonrió casi imperceptiblemente, y en esta sonrisa se creyó descubrir más desprecio que alegría. Danton encogió los hombros y dijo por lo bajo á Brissot: «Alabad á vuestros oradores. Palabras sublimes, actos cobardes. ¿Qué hacer con tales hombres? No me habéis más de ellos: es un partido muerto».

Desapareció la esperanza del alma del pequeño número de los amigos del rey ocultos en el salón y en las tribunas. Conocióse que la mano de Vergniaud había entregado la víctima. En vano pareció retener su voto después de haberle emitido, pidiendo, como Mailhe, que después de haber votado la muerte, la Asamblea deliberase si convenía á la seguridad pública conceder un plazo á la ejecución. Los jacobinos conocieron que, una vez concedida la justicia del decreto, los